



Carissimi amici, padrini e madrine,

Queridos amigos, padrinos y madras, a medida que nos acercamos al día de la Resurrección de Cristo, siento el deseo de compartir con vosotros no sólo las historias de los niños que acogemos, sino también las de los adultos que, habiendo llegado a "San Miguel Arcángel" sin expectativas particulares, han vivido experiencias capaces de cambiar sus vidas...

Marzia

Llevaba algún tiempo trabajando en "San Miguel Arcángel" cuando un niño empezó a sentarse a mi lado todos los días a la hora del almuerzo. Con el tiempo conocí su historia, sus dificultades y su dolor. Tenía ocho años y no sabía leer ni escribir. Tras varias visitas al especialista, el diagnóstico fue claro: dislexia. Mi marido y yo, a pesar de tener recursos limitados, decidimos ofrecerle una ayuda concreta, pagando un profesor de apoyo y un neuropsiquiatra infantil. El progreso fue lento, pero después de dos años pudo formar sus primeras palabras. Un día la maestra le pidió que escribiera unas frases, pero él, temeroso, respondió: "No tengo ganas, pero ¿te las puedo contar y me las escribes?". Entonces la maestra, con lápiz y papel, comenzó a escribir sus palabras. El niño dijo que se sentía estúpido, pero que nunca dejó de intentar mejorar porque en su vida había conocido a una persona que creía en él y no quería decepcionarla. Esa persona era yo. Ese día entendí que no sólo yo había cambiado su vida... sino que él también había cambiado la mía.

Claudia

Llevo casi veinte años trabajando aquí y he visto muchas historias, pero una se ha quedado en mi corazón. Les hablo de Julia, una niña que llegó a "San Miguel Arcángel" junto con sus hermanos. En ese momento aún no había hogar para las niñas, por lo que todos los días ella siempre regresaba a casa con hambre y con la ropa rota. Un día decidí acompañarla. Cuando crucé el umbral, tuve la sensación de entrar en una película de terror: una choza con techo de plástico, sin agua, electricidad, comida... sólo basura por todos lados. No sabía qué hacer para ayudarla. Así que, siguiendo un impulso, la llevé a la peluquería, le compré ropa nueva y traté de hacerla sentir bella. No fue mucho, pero fue algo. A lo largo de los años seguimos compartiendo momentos en "San Miguel Arcángel" y yo la ayudé en lo poco que pude. Años más tarde, Julia, ya adolescente, pasaba sus días ayudando a los ancianos en nuestra residencia de ancianos. Un día, durante una conversación con unas señoras que hablaban de la alegría de arreglarse el cabello y las uñas, Julia intervino diciendo: "Sé bien lo que ustedes sienten. Cuando yo era niña, una señora llamada Claudia hizo lo mismo por mí. Ese día me sentí como una princesa. Nunca lo he olvidado".

Wallace

Vengo de un entorno del mundo militar, hecho de rigor y frialdad. Llegar a "San Miguel Arcángel" fue una experiencia difícil: abrazos, cariño, sonrisas... Yo, tan tímido, no sabía cómo reaccionar. Conocí a Camilla, una pequeña que empezó a estar siempre a mi lado en cada actividad. Día tras día me dejé llevar y descubrí una parte de mí que no conocía. Un día, con su dulzura desarmante, me miró y me dijo: "Wallace, desearía que fueras mi papá. ¿Quieres ser mi papá?". Entendí, en ese momento, que lo poco que le daba todos los días era en realidad todo lo que necesitaba. Incluso hoy, cuando me dice que soy la persona más importante en su vida, casi no lo puedo creer y me emociono profundamente.

Estas historias nos recuerdan que el amor se manifiesta en los pequeños gestos, en los vínculos que se crean, en las vidas que se entrelazan. A veces pensamos que somos nosotros los que ayudamos, pero en realidad son ellos los que nos cambian... ¡para mejor!

Marco Roberto Bertoli

*Con affetto e gratitudine,
obrigado!*

